

CONTEMPLACIÓN

1. La contemplación de Dios sólo es posible en la vida futura. Aquí se nos da imperfectamente, «como un adelanto».
2. Se promete a los limpios de corazón.
3. El deseo de ver a Dios.
4. Buscar al Señor en todas las cosas.
5. La contemplación es compatible con cualquier actividad humana recta.
6. Mirar a Cristo.
7. Contemplación también a través de las oraciones vocales.
8. Frutos de la contemplación.
9. Contemplación de los misterios del Santo Rosario.

1. La contemplación de Dios sólo es posible en la vida futura. Aquí se nos da imperfectamente, «como un adelanto».

La contemplación será perfecta en la vida futura, cuando veamos a Dios cara a cara (I Cor 12, 12) y nos haga, con esta visión, perfectamente bienaventurados. Pero ahora, aunque imperfectamente, como a través de espejo y como en enigma (ibid.), nos compete la contemplación de la verdad divina, por la que se nos da como un adelanto de la bienaventuranza, que se inicia aquí y alcanzará su perfección en la vida futura (SANTO TOMAS, Suma Teológica, 2-2, q. 180, a. 4, c).

Como fin de todos nuestros trabajos y eterna perfección de las alegrías, se nos promete la contemplación (SAN AGUSTIN, Sobre la Trinidad, 1, 8).

El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡Los dones y las virtudes sobrenaturales! (S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 306).

El Espíritu prepara previamente al hombre para acoger al Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, y el Padre le da incorruptibilidad y la vida eterna, que son fruto de la visión de Dios para aquellos que le contemplan. Del mismo modo que quienes ven la luz están en la luz y participan de su esplendor, así los que ven a Dios están en Dios y participan de su esplendor. Ahora bien, el esplendor de Dios es vivificante. Y por lo mismo, quienes vean a Dios tendrán parte en la vida (SAN IRENEO, Contra los herejes, 4, 20).

El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable e inenarrable (SAN BASILIO MAGNO, Regla monástica, respuesta 2, 1).

La contemplación es una cumbre en la cual Dios se comienza a comunicar y manifestar al alma. Pero no acaba de manifestarse, sólo asoma. Pues por muy altas que sean las noticias que al alma se le dan de Dios en esta vida, no son más que lejanas asomadas (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 13, 10).

Por mucho que a Dios se le conozca en esta vida, no se le conoce de verdad. Sólo una partecita y muy de lejos (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 6, 5).

Todo esto sucede a veces a las almas ya muy purificadas. Dios les concede la gracia, cuando oyen, o ven o entienden, y a veces sin oír, ni ver, ni entender, de recibir una comprensión grandísima de la alteza y grandeza de Dios. En ese sentimiento siente a Dios tan alto que entiende claramente que se le queda todo por entender. Y ese sentir y entender que Dios es tan inmenso que no se puede entender del todo, es muy subido entender (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 7, 9).

2. Se promete a los limpios de corazón

Con toda razón se promete a los limpios de corazón la bienaventuranza de la visión divina. Nunca una vida manchada podrá contemplar el esplendor de la luz verdadera, pues aquello mismo que constituirá el gozo de las almas limpias será el castigo de las que estén manchadas (SAN LEON MAGNO, Sermón 95, sobre las bienaventuranzas).

Dios se deja contemplar por los que tienen el corazón purificado (SAN GREGORIO DE NISA, Hom. 6, sobre las bienaventuranzas).

¿Quieres ver a Dios? Escúchalo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. En primer lugar, piensa en

purificar tu corazón: lo que veas en el que desagrada a Dios, quítalo (SAN AGUSTIN, Sermón 2, sobre la Ascensión del Señor).

Dios nos manda que primeramente nos lavemos por la compunción, para que nuestra suciedad no nos haga indignos de penetrar en la pureza de los secretos de Dios (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 17 sobre los Evang.).

3. El deseo de ver a Dios

El alma que de verdad ama a Dios no puede querer estar satisfecha y contenta hasta que de veras posea a Dios. Todas las cosas que no son Dios, no sólo no la satisfacen, sino que le aumentan el deseo de verle tal cual Él es (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 6, 4).

Los que se quieren, procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. Vultum tuum, Domine, requiram, buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegara el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara. Sí, hijos, mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios? (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ SRIVA DE BALAGUER, Hoja informativa nº 1 del proceso de beatificación, p. 5).

El amor no descansa mientras no ve lo que ama; por eso los santos estimaban en poco cualquier recompensa, mientras no viesan a Dios. Por eso el amor que ansía ver a Dios se ve impulsado, por encima de todo discernimiento, por el deseo ardiente de encontrarse con él. Por eso Moisés se atrevió a decir: Si he obtenido tu favor, muéstrate a mí. Por eso también se dice en otro lugar: Déjame ver tu figura. Y hasta los mismos paganos en medio de sus errores se fabricaron ídolos para poder ver con sus propios ojos el objeto de su culto (SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 147).

Cuanto más conoce el alma a Dios, tanto más le crece el deseo de verle y la pena de no verle (SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual, 6, 2).

[...] desde tiempo atrás nos atraía el Señor hacia el cielo. Cuando finalmente nos nacieron las alas de la virtud al cabo del tiempo, llegándose a nosotros poco a poco, nos sacó de este domicilio y nos enseñó a volar más alto (SAN JUAN CRISOSTOMO, Sobre la virginidad, 7).

4. Buscar al Señor en todas las cosas

Reflexionad bien qué es lo que estáis pensando a todas horas. Unos piensan en los honores, otros en el dinero, otros en la extensión de sus posesiones. Todas estas cosas están en lo bajo, y cuando el alma se ocupa en tales cosas, queda separada de la rectitud de su estado: y como no se eleva a los deseos celestiales, no puede mirar hacia arriba, como la mujer encorvada (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 31 sobre los Evang.).

Si los cinco sentidos del cuerpo buscan el alimento de las miserias mundanas, no pueden volar para conseguir los frutos de acciones mas sublimes (SAN AMBROSIO, en Catena Aurea, vol. VI, p. 66).

5. La contemplación es compatible con cualquier actividad humana recta

Cuando de dos cosas una es la razón de la otra, la ocupación del alma en una no impide ni disminuye la ocupación en la otra [...].Y como Dios es aprehendido por los santos como la razón de todo cuanto hacen o conocen, su ocupación en percibir las cosas sensibles o en contemplar o hacer cualquiera otra cosa, en nada les impide la divina contemplación ni viceversa (SANTO TOMAS, Suma Teológica, Supl., q. 82, a. 3).

6. Mirar a Cristo

Marta, en su empeño de aderezarle al Señor de comer, andaba ocupada en multitud de quehaceres. María, su hermana, prefirió le diese a ella de comer el Señor. Olvidose, pues, en cierto modo, de su hermana, tan ajetreada por la complicación del servicio, y sentose a los pies del Señor, donde, sin hacer nada, escuchaba su palabra. Con oído discretísimo había oído decir: Estaos quedos, y ved que yo soy el Señor (Sal 45, 11). La otra se consumía, ésta comía; la otra disponía muchas cosas, ésta sólo miraba una sola (SAN AGUSTIN, Sermón 103).

Que nuestra vida tenga su centro en nuestro interior donde Cristo habita (SAN BERNARDO, Sermón 5).

Si el alma llegara a levantar los ojos hasta su cabeza, que es Cristo [...], sería realmente feliz por la penetración de su visión, al poner sus ojos donde el mal no puede oscurecerlos (SAN GREGORIO DE NISA, Homilía 5).

7. Contemplación también a través de las oraciones vocales

Porque sé que muchas personas, rezando vocalmente -como ya queda dicho-, las levanta Dios, sin saber ellas cómo, a subida contemplación (SANTA TERESA, Camino de perfección, 30, 7).

En la oración vocal se puede poner una triple atención. La primera y más imperfecta se refiere a la correcta pronunciación de todas las palabras de que consta. La segunda se fija en el sentido de esas palabras. La tercera, finalmente, pone su empeño en el fin de la oración, o sea, en Dios y en la cosa por la que se ora. Esta última es la más importante y necesaria, y pueden tenerla incluso las personas de corto alcance o que no entiendan el sentido de las palabras que pronuncian. Esta última atención puede ser tan intensa que arrebate la mente a Dios hasta el punto de hacernos perder de vista todas las demás cosas (SANTO TOMAS, Suma Teológica, 2-2, q. 83, a. 13).

8. Frutos de la contemplación

El que ve a Dios alcanza por esta visión todos los bienes posibles: la vida sin fin, la incorruptibilidad eterna, la felicidad imperecedera, el reino sin fin, la alegría ininterrumpida, la verdadera luz, el sonido espiritual y dulce, la gloria inaccesible, el júbilo perpetuo y, en resumen, todo bien (SAN GREGORIO DE NISA, Hom. 6 sobre bienaventuranzas).

Pues así como los que ven la luz están en la luz y reciben claridad, así también los que ven a Dios están en Dios y reciben su claridad. La claridad de Dios vivifica y, por tanto, los que ven a Dios reciben la vida (SAN IRENEO, Trat. contra las herejías, 4).

En una piadosa permisión, les permitió gozar durante un tiempo muy corto la contemplación de la alegría que dura siempre, para hacerles sobrellevar con mayor fortaleza la adversidad (SAN BEDA, Coment. Evang. sobre S. Marcos, 8).

Con la maravillosa normalidad de lo divino, el alma contemplativa se desborda en afán apostólico: me ardía el corazón dentro del pecho, se encendía el fuego en mi meditación (Sal 38,4) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 120).

Hay que saber estar en silencio, crear espacios de soledad o, mejor, de encuentro reservado a una intimidad con el Señor. Hay que saber contemplar [...]. Desgraciadamente, nuestra vida diaria corre

el riesgo o incluso experimenta casos, más o menos difundidos, de contaminación interior. Pero el contacto de fe con la Palabra del Señor nos purifica, nos eleva y nos vuelve a dar energía (JUAN PABLO II, Hom. 20-VII-1980).

9. Contemplación de los misterios del Santo Rosario

La Iglesia nos anima a la contemplación de los misterios: para que se grabe en nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, el ejemplo pasmoso del Señor, en sus treinta años de oscuridad, en sus tres años de predicación, en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Amigos de Dios, 299).